

BOLIVAR

***DR. CARLOS BETANCUR ARIAS – Miembro de la Academia Antioqueña  
de historia***

***– Miembro de la Academia Colombiana de  
Historia Eclesiástica***

***– Asesor Jurídico de la Curia Arzobispal  
(Medellín)***

Por aquellos días se habían presentado, en distintas regiones de América, sometidas entonces a la dominación de España, movimientos de inicial liberación. Se llamaron entonces movimientos de independencia, por cuanto la mayoría de ellos tendían o aspiraban a consolidar en estas regiones, repúblicas sin dependencia alguna de la corona; pero otras eran tímidas en sus pliegos de peticiones, y querían sólo que se tuviera en cuenta a los nativos, a los vernáculos, a los criollos, con suficiente formación en el orden de la civilidad y de la cultura, para los altos cargos del gobierno.

España miró todos esos movimientos con preocupación no oculta sino manifiesta, y enderezó sus poderes militares a poner orden en sus colonias, para tenerlas siempre sujetas.

En lo que se refiere a la Nueva Granada, ya había organizado, después de ese elemental y primer movimiento de independencia, un gobierno, que empezaba a demostrar todos los inconvenientes que ofrece un ensayo, sin metas muy definidas. Los gloriosos gestores de aquellos movimientos se dividieron y se trabaron en luchas intestinas, y se debilitaron, por tanto.

Fue entonces la oportunidad histórica en que se presentó el genio de la libertad de América. Apareció en Cartagena y expidió una proclama que era un grito sobre toda la América, para convocar las fuerzas de la libertad, para alimentar las esperanzas, para armar los espíritus y los brazos.

Le encargaron la comandancia de un ejército pobre y corto, pero con él emprendió, lo que se llamó entonces, la campaña del río Magdalena. Sus éxitos, sus victorias, fueron clamorosas y su nombre anduvo entonces en los labios de todos los que tenían la esperanza de superar la opresión.

Cuando se impusieron con zaña y con crueldad las fuerzas de España, en afán de reconquista y de pacificación, viajó a Jamaica y desde allí envió su célebre mensaje analítico de la situación política y social de toda América, de sus destinos actuales y futuros, de sus esperanzas, de sus ambiciones, de sus medios y de sus capacidades. La carta de Jamaica fue otra clarinada en América, que imponía el nombre del genio.

Cuando escribió su célebre carta, quizá pensaba en Rousseau que había dicho y él lo había leído en las páginas de sus libros, que "la libertad es un alimento succulento, pero de difícil digestión".

Pensaba también que estos pueblos apenas nacidos al ambiente de la libertad, no podían controlar sus infantiles travesuras, y necesitaban un mentor, como cuando en su propia niñez, él había requerido de un don Simón Rodríguez, comprensivo, tolerante, talentoso, regañón: impulso de sus ambiciones y freno de sus locuras. Don Simón le había traducido y aplicado para su vida personal el "Emilio" de Rousseau, que era la pauta de entonces para la educación del hombre y que a través de Bolívar, se convertiría en la pauta de la educación de los pueblos que, como

los hombres, tienen infancia, caminan hacia su adolescencia y buscan y en veces adquieren su madurez.

Después se presenta Bolívar nuevamente en nuestra historia regional, y organiza el ejército finalmente victorioso para clavar, en las más altas cumbres de los Andes, la bandera gloriosa de la libertad, en acto eternamente consagradorio.

Y ahora, cuando se analiza serenamente su obra, su personalidad, sus realizaciones, encontramos que Bolívar era un hombre, un corazón, un pensamiento de orden internacional. Que lo ahogaban los límites y que admiraba y pensaba y volaba siempre hacia lo grande que, al decir de Fray Luis de Granada, es lo que se sale de todo límite; porque todo lo que es limitado, es siempre pequeño.

La historia actual nos demuestra que él ambicionó hacer de estas patrias americanas, una sola patria grande, lo que se salió entonces de la lógica menuda y chata de sus compañeros, aun los más connotados.

Cuando pensó en consolidar el ambiente de la libertad del dominio español en todas las colonias americanas, este pensamiento sonó a locura; ¿no era ya suficiente que la Nueva Granada estuviera libre? ¿No era suficiente que aquí, pudiera darse el ejemplo, para que los otros, si lo querían, trataran de realizarlo? ¿No era bueno y suficiente que nos limitáramos a cerrar, con internos cerrojos, las puertas de nuestra casa, para mandar en ella y organizar nuestra vida, en todos los órdenes? ¿Qué nos iba y qué nos venía que las otras regiones, capitanías, virreynatos estuvieran y continuaran sometidas?

Era ese el pensamiento muy generalizado, de los grandes compañeros de Bolívar.

Cuando quiso formar un ejército con soldados de la Nueva Granada y de Venezuela, para ir hacia el sur, a libertar esas regiones y arrojar de ellas a los españoles, para que pudieran respirar el aire de la libertad, tuvo opositores; emprendió la marcha victoriosa, por caminos de grandes dificultades; gozó de la comprensión genial de algunos compañeros; le siguieron muchos que a su sombra se sentían cobijados por la gloria, que tuvo destellos históricos que nos tocaron bien de cerca.

Todos fueron detrás de la victoria final, por los caminos tremendos, oscuros, cerrados, de la guerra. Bolívar se convertía, entonces en el héroe internacional.

Y la libertad brotó en todos los dominios de la Cordillera Andina, desde la Nueva Granada, hasta las alturas del Titicaca. En su diestra ondulaba segura la bandera de la libertad de América. Y su nombre recogía en una sola patria, todas estas naciones que él había libertado.

Entonces amaneció el sol de la libertad sobre media América, al conjuro de las voces de mando de Bolívar, y el Continente se sintió fecundo, en trance de grandes alumbramientos.

Si se medita con detenimiento, sinceramente, en el proceso histórico de este continente, desde principios del siglo XIX hasta la configuración de la victoria, cuando se oculta la vida física de Bolívar y empieza a brillar, sin mengua alguna, su gloria permanente, encuentra el investigador que Bolívar fue un héroe sin fronteras, de orden internacional; y que los héroes nacionales fueron en realidad en la medida y forma en que recibieron el brillo de la gloria del genio.

Se impone, desde entonces, como fenómeno político y sociológico, la intercomunicación de los valores de los diversos pueblos constituídos en naciones. No podemos ser ajenos a la suerte de las otras naciones, porque ella nos toca de cerca, porque de sus proyecciones políticas vivimos y muchas veces sufrimos; porque de sus proyecciones culturales se alimenta nuestro afán de progreso; porque de sus proyecciones económicas se alimenta nuestra vitalidad financiera y la prosperidad de nuestro pueblo.

Y ese pensamiento y esa idea, como principio mismo de la acción, fue en Bolívar obsesivo, desde los albores de la lucha por la independencia administrativa y la libertad política. El genio cubría con su brillo la propia altura de los Andes, y sus reflejos llegaban a todas las naciones en ciernes, que tenían, por esa época, grandes dificultades para sustentar su propia autonomía.

Bolívar había recibido una educación europea; había tenido contacto directo con personajes de la época; había conocido la Roma de los Césares y había recibido impacto directo de la obra absolutista de Napoleón; su estrategia militar lo había impresionado. Pero meditó sobre la diferencia del medio y de las circunstancias para hacer la guerra. Pensó profundamente en ella, por cuanto se sentía inquieto por el gran valor de la Libertad.

La libertad no es sólo la capacidad que cada pueblo tiene para orientar sus propios destinos, sino la capacidad personal de cada hombre para abrazar y definir sus ideas y obrar en consecuencia con ellas, siempre que no contradigan el orden social establecido. La libertad es, en principio, un atributo interior del hombre; los teólogos la definen en el orden moral como la capacidad de obrar el bien o de escoger entre varios bienes; o, en el orden metafísico, como la capacidad que tiene cada hombre de orientar sus actividades en cualquier sentido permitido; en ambos casos se excluye la libertad o capacidad de obrar el mal, por cuanto contradice una ley de orden natural, que es el daño ajeno.

Nuestros pueblos sojuzgados no tenían libertad, por cuanto eran gobernados por extraños a su suelo, que eran los que determinaban los destinos vernáculos; nuestros hombres nativos, aun los más conocidos en la historia de la cultura, no tenían libertad tampoco. Se imponía entonces un cambio.

Las solicitudes, los memoriales, un poco ingenuos como el de agravios, con la misma ingenuidad que se encuentra plasmada en el acta de la independencia del 20 de julio, no hacían impacto, no tenían respuesta en un medio que se sentía seguro y firme para dominar, en último caso, por la fuerza.

Las primeras revoluciones, como las del 20 de julio en Bogotá y las similares de otras colonias en esa misma época, abrieron un poco el camino hacia la audacia, pues dieron buenos resultados, en principio. Pero eran tan nobles y tan buenas las intenciones de los aprendices de revolucionarios, que una vez satisfecho un poco el afán de sobreponer sus criterios, al ver un poco humilladas las testas de los virreyes y oidores y prefectos y militares, se contentaron con eso y los libertaron y les dieron carta de pasaporte y aun de ciudadanía, nuevamente.

Vino entonces la recuperación a sangre y fuego, del dominio extraño y rodaron por las plazas y calles de algunas ciudades importantes, las cabezas pensantes, las mentes directrices de los ingenuos movimientos, y se rehizo aparentemente el dominio extranjero.

Apareció por ese tiempo el Genio; el héroe por antonomasia, y grita con un grito de esperanza y de dolor, desde las costas del Atlántico, y ese grito se oyó por toda la América; y ese grito congregó a todos los que se sentían perseguidos, muchos de ellos, no por conseguir la libertad, sino por salvar el propio pellejo; se unieron, se compactaron y de las montoneras de campesinos aguerridos, de llaneros desnudos, de hombres de la sierra en alpargatas y de ruana, mal comidos, mal armados en el orden externo, pero hipnotizados por la gloria del héroe, Bolívar, resultaron los ejércitos que fueron detrás de un ideal, para muchos de ellos tan oculto, como el misterio.

Pero lo siguen y Bolívar, que es el guía, los alienta. Arma sus brazos con armas elementales; pero arma sus espíritus con su entusiasmo, con sus voces proféticas, con sus arengas guerreras que tenían la magia irresistible del Caudillo, en quien creen ver a un semidiós, con el rayo de fuego de la guerra de la antigua mitología, en sus propias manos.

El afán de Bolívar por la fraternidad americana; sus ideales de unión de todos estos pueblos, tuvieron realización transitoria en el Congreso de Cúcuta, cuando se creó la Gran Colombia; fue entonces Bolívar, el primer ciudadano gran colombiano; ello no satisfizo su gran ideal; pero sí signó, en la historia, el afán universal, continental al menos, del Libertador; su pensamiento sin fronteras, que hacía de él el héroe continental, con proyecciones universales, frente al héroe nacional, limitado.

Muerto él, o mejor, presa de enfermedad y ya abandonado y en veces perseguido por los amigos de ayer, se disolvió la Gran Colombia y volvieron a aparecer las fronteras en las mentes limitadas de los caudillos locales.

Era cierto que ya se había logrado una gran obra de orden internacional, y el autor de ella era Bolívar; él había encendido la luz que había iluminado la mente y la conciencia del panamericanismo, que se entendía desde entonces como el culto que todos los Estados del nuevo mundo tenían y deben tener y profesar a los mismos ideales de orden internacional. La paz como estado normal de las relaciones entre las naciones; la igualdad jurídica de todos los Estados, sin miramientos por

su poderío material, o por sus riquezas o por su población; la condenación explícita, de la conquista como medio de engrandecimiento territorial de los Estados; la existencia de cierta forma de civilización fundada sobre el respeto del individuo, de la persona; sobre la libertad integral; sobre el valor de los contratos y sobre una moral internacional de carácter obligatorio; la consagración de la regla "pacta sunt servanda", es decir, el respeto por la palabra empeñada y por la santidad de los tratados, como fundamento supremo de todo el derecho de gentes, considerado en América incompatible con las doctrinas de la fuerza que encomiendan el éxito de los hechos, al efecto de la violencia o del engaño, libremente consentidos; el arbitraje, como el único medio civilizado, para resolver las controversias internacionales, cuando las negociaciones directas no han tenido éxito; el principio de la no intervención de un Estado en los negocios políticos de otro; la nacionalidad del "ius solis", por oposición a la nacionalidad del "ius sanguinis" practicado en Europa.

Estos son algunos de los principios que salieron de la mente del genio, y que fueron simultáneos con lo que otros Estados más avanzados, y mayores en el orden de la Independencia, acogieron y practicaron.

La mente de Bolívar libraba, así, los linderos del derecho nacional, para alcanzar altas formas en el orden del derecho internacional.

Bolívar es, sin duda alguna, para la historia americana y para la historia del universal, el héroe sin fronteras, el héroe que se sale de toda forma de nacionalidad específica que piensa en grande, que considera que los acontecimientos del mundo tienen relación directa con los acontecimientos de cada uno de los países americanos.

Estas consideraciones se hacen cada día más reales; el mundo en la antigüedad era demasiado grande; extendía sus continentes en zonas casi desconocidas para los hombres y por ende para la historia; sus límites eran ignotos; hace apenas cinco siglos, que son poca cosa en la consideración histórica, no se conocía la existencia de más de la mitad del planeta; y no es un despropósito pensar que aún en estas calendas hay zonas del globo terrestre totalmente ocultas para el hombre.

No obstante, las relaciones se han tornado rápidas y los continentes se han acercado en esta época, por razón de las comunicaciones de orden social. Sabemos, con mucha rapidez, casi en el mismo momento en que acontecen, los incidentes históricos del mundo entero, en cualquiera de los lugares de la tierra. Y podemos transportarnos con tanta rapidez, que somos ciudadanos invitados del mundo, con capacidad de cumplir con las citas más lejanas.

Por ello la hermandad universal se hace más precisa; la doctrina continental, universal de Bolívar, tiene ahora más vigencia que en su tiempo. El genio es siempre un visionario, un profeta, capaz de crear para todas las épocas.

Por eso no se comprende el héroe en su dimensión temporal y actual.

Se sale de toda consideración actual histórica, para entrar en el dominio de lo que es permanente.

El héroe no es comprendido, y se considera siempre por las gentes, como un desequilibrado en el orden síquico; como un loco. Todo lo que se sale del rasero común de las costumbres humanas, huele y sabe a locura. Pero la locura es el principio mismo de la grande y de la cordura en vuelo.

Esquilo, el primero de los trágicos griegos, cuando crucifica en la roca del Cáucaso a Prometeo, le hace decir cosas sublimes; pero también dicen frases que se salen de lo común, y que todavía resuenan y vibran en la conciencia universal, las criaturas que rodean su martirio: Geronte, que es el Océano, dice a Prometeo: "Parecer loco es el secreto de la sabiduría".

Los héroes forjan sus armas en las fraguas de la gloria, que tiene llamas esplendentes de alta temperatura, capaces de derretir los metales bajos de las pasiones viles; sienten impulsos soberanos en el inconsciente de su vida y se van, en pos de su destino, por los caminos iluminados de la gloria. No hay cálculo alguno en su actividad pública; el héroe obedece a un glorioso destino histórico que lo lleva y lo trae por los más diversos y, a veces, ilógicos caminos, ignorados por las gentes comunes, para llegar al cumplimiento cabal de su destino.

El héroe tiene dentro de sí la causa de su heroicidad. Dios lo escogió para que ejercitara un destino providente, en relación con la historia de una época y de un pueblo.

El héroe obedece al impulso del momento para crear la gloria. Sobre su cabeza brilla entonces el sol que se detiene para iluminar el término de su obra y de su éxito.

Si se indaga con la medida de la lógica, el acto heroico, se sale del metro; no admite ni ponderación ni medida. Los actos heroicos son casi siempre ilógicos y superan las realidades prudentes de los hombres.

Los héroes son seres imperativos, tumultuosos, violentos, arrebatados, extremos, jinetes de corceles alados, destructores de límites. Los héroes dan zancadas gigantescas que unen las edades en las páginas de la historia.

Sin ellos, la historia no existe.

Los héroes tienen su epinicio en la historia de los pueblos.

Son, al mismo tiempo, los creadores y los actores de ella. Sobre sus nombres, sembrados como bases o fundamentos, se ha levantado siempre la grandeza de las naciones. Los monumentos que se erigen a los héroes en las diversas regiones y en las distintas etapas de la historia, son la transcripción en bronce o en piedra, materiales firmes y serenos, de su propia grandeza.

Por eso Bolívar preside eternizado en bronce o en mármol, las plazas públicas y las grandes avenidas de todas las ciudades de América, incluyendo algunas del norte, y muchas también del viejo mundo. Ahora la historia lo reconoce así, a él, como héroe universal. “Sin él, la historia del mundo estaría incompleta”.